



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

EL BUEN COMBATE

*facilitado á toda clase de personas por medio de
sencillos opúsculos de controversia popular.
—Nueva serie mensual de libritos ilustrados.*

1. **El pan del pobre**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
2. **¿No es hora todavía?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
3. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar, por Antonio.
4. **El deber de la limosna**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
5. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar (segunda parte), por Antonio.
6. **Sol de las almas**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
7. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro I, por Mons. Gaume.
8. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro II, por Mons. Gaume.
9. **La acción antimacéónica**, por el Dr. don Félix Sardá y Salvany, Pbro.

R. 3531060

12
65523

¿RELIGIÓN? ¿QUIÉN SE OCUPA DE ESO?

QUITA allá, amigo Pablo: mira; hablemos de otros asuntos y tengamos la fiesta en paz. No me muelas con tu bendito sermoneo, que cierto más pareces en ocasiones fraile capuchino que joven del día. Doblemos la hoja y dejémonos de Religión.

—Pues vaya, Juan, que en esto no he de seguirte el humor, por más que digas. No he nacido para predicador, ya lo sabes; juntos hemos hecho nuestra carrera industrial, y somos desde muchachos amigos íntimos. Que no soy fraile ni Cura, hartó lo sabes tú y lo saben todos. Pero si vamos á decir

verdad, he oído mucho, muchísimo en cafés, clubs y talleres; he leído mucho, muchísimo de ese papel que se imprime todos los días; y porque soy franco como buen español de los que llaman al pan pan y al vino vino, te diré que he acabado por ver bastante claro en una porción de cuestiones en que muchos de mis compañeros ven por desgracia poco y muy turbio. Así que, empecé á conocer que lo cortés no quitaba nada á lo valiente, que se podía muy bien ser joven del siglo XIX y tener Religión, y honradez, y costumbres cristianas como en cualquier otro siglo. Sé que no eres tú de mi parecer, y por esto procuro llevar siempre la conversación á este terreno. Conozco tu buen corazón, y que sólo por seguir la maldita corriente haces profesión de malvado sin serlo. Haces alardes de impiedad por seguir la mo-

da. Más noble y más generoso es oponerse decididamente á ella cuando hay un deber en hacerlo.

—¡Bah! ¡bah! ¿y toda esa indignación y toda esa retórica para abochornarme al fin porque no sigo tus devociones y beaterías? Mira, Pablo, cástate y vete con esas cuentas á tu mujer. Pero si no quieres molerme, no me hables una sílaba más de Religión. ¿Quién se ocupa hoy en semejantes tonterías? ¿Mujeres y viejos? ¿Los niños en la escuela? A bien que un día quizá lo arregle el Gobierno secularizando la enseñanza.

—Oyeme, Juan; eres en todo un hombre de formalidad. ¿Quieres prometérmela siquiera por quince minutos?

—Vaya en gracia, con tal que concluyas.

— ¿Has dicho que no tenía maldita *importancia* eso de la Religión?

—Lo he dicho y lo repito. Da una ojeada sobre el mundo actual. Transacciones mercantiles, elaboración de nuevos productos, perfeccionamiento de máquinas, descubrimientos científicos, explotación de minas, carriles y canales, la Bolsa, la política, lo positivo, en una palabra, lo que se ve y lo que se toca, eso, eso tiene importancia, eso pesa en la balanza del siglo, eso llama la atención. Por eso se fatigan los hombres, y se mueren, y se matan unos á otros. Eso conmueve al mundo, eso tiene en actividad á todas las clases sociales. Prueba concluyente de que eso únicamente tiene importancia. ¡La Religión! ¿Quién se da pena por ella? Lo dicho, los viejos y las mujeres. ¡Ah! me olvidaba: los Curas, que calientan con ella su puchero.

—Soberbio cuadro acabas de pin-

tar, y la última pincelada magnífica. Así me gusta. El calor y el entusiasmo con que defiendes tu errada opinión lo prefiero mil veces á la frialdad y desdén del indiferentismo. Pero ahora me toca entrar á mí. Tu argumento se reduce á lo siguiente: Nadie da importancia alguna á la Religión. Luego la Religión es cosa que no tiene importancia alguna. Juan, ¿es esto ó no?

—Esto es.

—Pues bien; tu argumento es falso por dos razones. Primera, porque una cosa cualquiera no tiene importancia ó deja de tenerla porque se la den las gentes ó dejen de dársela. ¿Estás? La experiencia de cada día te enseñará que no sé por qué caprichos la gente empieza á dar muchas veces gran importancia á cosas que ninguna tienen. ¿Has visto bailar el can-can?

—¡Por vida de San Bailón! Cuatrocientas veces por lo menos.

—Pues ahí verás ; ciertas gentes se mueren por él y le dan no poca importancia. ¿Y crees tú que tiene alguna ?

—Ni maldita la gracia. La salsa que se le pone es el todo.

—Pues bien, ahí tienes el caso de una cosa que tiene muy poca importancia, y á la cual, sin embargo, se le ha dado en estos últimos años muy grande. Luego puede ser también al revés, que una cosa tenga realmente en sí grande importancia, por más que las gentes no se la den como merece. Luego, aunque el mundo no diese gran importancia á la Religión, esto no probaría que la Religión no la tuviese, y mucha : probaría sólo que el mundo no sabe lo que se pesca. ¿Qué respondes ?

—Nada, Pablo, que tienes razón.

—Pues aún no la has visto toda.

Decías tú: «Nadie da importancia á las cuestiones de Religión, nadie piensa en eso. Toda la atención la roban los intereses materiales, únicos positivos. El mundo es positivista.» Te he hecho ver que, aunque eso fuese verdad, no probaría lo que tú supones. Pero no, no lo es, no es verdad lo que tú te figuras, no es verdad que nadie se ocupe de Religión, no es verdad que nadie piense en ella más que los viejos, Curas y mujeres. Es falso que el mundo se ocupe sólo de intereses materiales. En esto como en todo cada uno ve los objetos del color de sus anteojos. Eres indiferente, y lo ves todo del color de la indiferencia. Es preciso que te desengañes, Juan; para el mundo en el siglo XIX son cuestiones aun de primera importancia las cuestiones de Religión.

—Tú dirás; por mí parte no lo veo así, y dudo me convenzas.

—Sí, amigo mío, lo diré, y espero convencerte con tal que te pongas de buena fe. Sigueme en un paseo que juntos vamos á dar por el mundo entero, sin movernos, por supuesto de este sitio. ¿Qué es lo que trae revueltos á los pueblos y mohina años ha á la diplomacia europea? Poca cosa, si bien se mira. Una mera cuestión religiosa. La del Pontificado. Unos para acabar con él, otros para defenderle, todos andan á vueltas con el Papa y con la cuestión de Roma. El mundo está conmovido por esta sola cuestión. Es cuestión religiosa. ¿Tienen ó no importancia en este siglo las cuestiones de Religión?

¿Has seguido con interés la marcha del Parlamento español en estos últimos años? ¿Cuáles han sido las sesiones más borrascosas? ¿Sobre qué puntos se han pronunciado los discursos

más elocuentes y las más fieras invectivas? ¿Cuándo estuvieron más llenas las públicas tribunas? Repáralo bien; cuando se ha tratado una cuestión religiosa. Recuerda los debates sobre la libertad de cultos. Si no la hubiesen creído de importancia, no la hubieran tratado con tanto empeño. Dime ahora: ¿tienen ó no importancia en nuestro siglo las cuestiones religiosas?

Supongo que lees periódicos. Buenos ó malos, no hay uno de ellos que no trate cada día de Religión. ¿Por qué se ocupan de ella hasta los ateos? Porque dan sin duda mucha importancia á este asunto. ¿Se ocupan de los negocios del emperador de la China? No, porque nada les importan. Luego, aun en nuestro siglo y entre ateos, tienen mucha importancia las cuestiones religiosas.

Éntrate en una imprenta ó tienda

de libros. Recorre aquellos estantes ó almacenes. Obras de ciencias, artes, letras, diversión, etc., etc. Pero un sesenta por ciento de aquellas obras son obras de Religión. Obras combatiéndola, obras defendiéndola, obras recomendándola ó explicándola; manuales de piedad, ejercicios devotos... ¿Por qué invierten su capital los libreros en tan abundante surtido de obras religiosas? Claro; porque esto, te responderán, es lo que se vende. Pregúntaselo á uno de ellos. Te dirá que las obras que tienen más salida son las obras de Religión. ¿Tiene ó no importancia en este siglo la Religión?

¿Has viajado poco ó mucho? Pues mira, en nada se ocupan tanto las artes como en asuntos de Religión. La escultura vive principalmente trabajando sobre asuntos religiosos, la pintura no cesa de dar cuadros y más

cuadros sobre Religión, la arquitectura se ve obligada á citar á cada paso como los mejores modelos los edificios religiosos. La Religión da vida, aun hoy, á todos los artistas. ¿Tiene ó no tiene importancia en este siglo la Religión?

Entra en academias y ateneos. Apenas aciertan sus individuos á tratar otros puntos que los puntos religiosos ó ligados con la Religión. Entra en los clubs: el ciudadano orador más habla en ellos de los Curas y de la Religión que de la República. Escucha las conversaciones del taller. No hay grupo de trabajadores, que no trate cien veces al día de esas materias. Hasta los romances de ciego hablan de Religión. Hasta en las cajitas de fósforos se ponen ataques contra la Religión. No puedo dar un paso sin que me salga al encuentro una cuestión

religiosa. De suerte que entre los siglos de polémica religiosa figurará indudablemente como el principal nuestro siglo XIX. Y ¿te atreverás aún á suponer que no tienen importancia para nuestro siglo las cosas de Religión? ¿En qué se conoce, pues, la importancia de una cosa sino en que se ocupen todos los entendimientos de ella, y hablen de ella todos los libros, y la revuelvan á derecha é izquierda todos los periódicos?

De suerte que, mirando las cosas sin pasión y como son en sí, hallaremos que por mucha que sea la tibieza y flojedad de muchos hombres tocante á las prácticas religiosas, nunca tal vez hubo menos *indiferentes* que hoy día. Hoy casi todos han tomado ya un partido, unos en pro y otros en contra; nadie se contenta con mirar tranquilamente la lucha; apenas hay más

que amigos y enemigos. ¿Y dirás que no se da importancia á la Religión?

Nuestro siglo da, pues, mucha, muchísima importancia á estas materias, y es lástima no se la des tú también como debieras.

De Religión he de hablarte, pues, quieras ó no quieras, y en este punto acabarás por darme la razón. Verás como casi siempre se desprecia á la Religión porque no se la conoce, otras veces se la odia porque mortifica; he aquí todas las sublimes razones de la incredulidad. O ignorancia crasa, ó ganas de vivir con libertad. Y aún más frecuentemente lo segundo que lo primero.

¿No es verdad, amigo mío, que tendría menos adversarios la verdadera fe si tuviese menos preceptos? ¿si fuese algo más condescendiente? ¿si hiciese la vista gorda sobre ciertas fla-

quezas? ¿si no tuviese intimaciones tan serias? A cierto joven de broma le oí decir, y me hizo gracia, que todo el *quid* de la incredulidad en materias religiosas, más estaba en los *Mandamientos* que en el *Credo*. ¡Cáspita si tenía razón el muchacho! Aun si hubiese añadido que el dicho *quid* no estaba en todos los Mandamientos, sino á lo más en uno ó dos, hubiera dado mejor en el hilo de la dificultad. Mira, hasta en esto se conoce que tiene importancia la Religión. Sí, señor, la tiene, puesto que os causa remordimientos, y por esto daríais cualquier cosa por deshaceros de ella. ¡Es claro, como punza tanto su espina! ¡Y es tan elocuente y enojosa su voz! Vaya, Juan, y no te acalores por esto, no me negarás que alguna vez has sentido aquella espina y oído esta poderosa voz.

—Sí, amigo, cierto es, y le debo algunas horas de mal humor; no puedo negarlo. Al fin uno es hombre.

—Oye, pues; á ese malhumor salvable, á esa voz que no se ahoga tan fácilmente, deberás tal vez tu salvación y tu felicidad si no te haces sordo á ella. Confiesa, por de pronto, que tiene la Religión alguna importancia y que vale la pena de ser escuchada. Conversemos, pues, á menudo sobre Religión, y si te empeñas, discutámosla. No con la discusión que parte de la duda ó que la supone, sino con la que da por asegurada la certeza y edifica sobre ella. No necesito yo asegurarme de mi fe, pues no vacilo en ella, ¡libreme Dios! pero me tendré por muy dichoso si logro desvanecer tus preocupaciones, aclarar tus obscuridades, satisfacer tus escrúpulos.

—¿Escrúpulos? ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¿Con

que me tomas por escrupuloso? ¡Sería cosa de ver en el hijo de mi madre!

—Cosa de ver sería, pero no rara ni del otro mundo. Nadie más preocupado que los despreocupados, nadie más escrupuloso en admitir ciertas verdades que los hombres de ancha trágica, que en lo demás pasan por todo ó todo les pasa. Repito que es una grande obra de caridad desvanecer los escrúpulos de los pobres incrédulos. A ver si en todo ó en parte desvanezco los tuyos...

—Cuidado, cuidado con prometerse fáciles victorias.

—Más altos castillos ha derribado la mano de Dios. A El toda gloria y en El toda esperanza.

—Águr, pues, hasta la vista.

—Hasta la próxima.

A. M. D. G.

10. **El Santísimo Rosario**, por Campazas.
11. **Católicos... á la moda**, copiados al natural, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
12. **Católicos de verdad**, segunda parte de *Católicos... á la moda*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
13. **¡Guerra de frente!** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.; segunda parte del opúsculo *La acción antimasonica*.
14. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro I, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
15. **La piedad al uso**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
16. **Los Fariseos**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
17. **Eucarísticas**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
18. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro II, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
19. **La Caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por el abate Mullois.
20. **Cómo se explota á los incautos**, por el abate Mullois.
21. **Liberalismo casero**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
22. **Quien siembra vientos...** por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
23. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro III, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
24. **Cruz de oro y Cruz de plomo**, por doña Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
25. **Liberalismo casero**, segunda parte; por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
26. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro IV, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
27. **¿Yo confesarme?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
28. **Cartas á un joven**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
29. **Nuestro modelo**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
30. **El Corazón de Jesús y las clases**

- obreras, por D. Francisco de P. Ripas y Servet, Pbro.
31. **El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pío Mandata, S. J.
32. **El Protestantismo en berlina**, libro II, por el P. Pío Mandata, S. J.
33. **Los que dejan hacer**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
34. **El Domingo. Al pueblo**, por el abate Mullois.
35. **El progreso y la Iglesia**, por D. Cayetano Soler, Pbro.
36. **Jesucristo es Dios**, por el abate Mullois.

CONDICIONES

Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta al cromo.

Subscribiéndose á 1 ejemplar, 1'50 ptas. al año.—Id. á 4 ejemplares, 0'50 cada mes.—Id. á 8 id., 1 peseta cada mes.—Id. á 12 idem 1'50 ptas. cada mes.—Id. á 20 ejemplares, 2'25 cada mes.—Id. á 50 ejemplares, 5 ptas.

De cuatro ejemplares mensuales en adelante puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo un año. La colección de los opúsculos publicados se vende encuadernada en tela, formando tres tomos, á 2 ptas. cada uno. Tomando 100 opúsculos de un mismo título ó variados, 10 ptas. Franco de portes. El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—18